

David Safier

Mientras estemos vivos





Seix Barral Biblioteca Formentor

David Safier

Mientras estemos vivos

Traducción del alemán por
María José Díez Pérez

Título original: *Solange Wir Leben*

© Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg, 2023

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2024

ISBN: 978-84-322-4286-1

Depósito legal: B. 1.325-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

—¿Y si lo meto yo a él en la tumba de un empujón?
—preguntó mi beoda madre tambaleándose.

Con «él» se refería al viejo rabino, que acababa de recitar la oración fúnebre, y con «tumba», a la tumba abierta de mi padre.

—¿Y si lo meto yo a él en la tumba de un empujón? —repetió, como si yo no la hubiera oído, y eso que la pregunta ni siquiera había pasado inadvertida al rabino, que por eso alzaba ahora la voz.

Rezaba en hebreo, un idioma que ni mi madre ni yo entendíamos. Probablemente tampoco los hombres de la antigua Unión Soviética, cada uno de los cuales había recibido unos pocos marcos para que diez judíos adultos pudieran constituir el necesario minían para recitar el kadish. La mayoría sostenía en la mano bolsas de la compra del Lidl llenas.

—¿Lo empujo? ¿Lo empujo? —Mi madre se situó detrás del rabino entre risitas.

Posiblemente pensara que a mi padre también le habría hecho gracia. Un rabino que acaba en la tumba sería algo muy acorde a su humor. Aunque era bisnieto de un respetado rabino de Brzesko y formaba parte de la junta directiva de la comunidad judía de Bremen, mi padre no había sido una persona especialmente religiosa. En 1946 incluso le dio una paliza a un rabino en Jerusalén. Sin embargo, no le habría resultado gracioso que su mujer hubiese metido al rabino en su tumba de un empujón en su propio entierro. Y las bolsas del Lidl le habrían exasperado.

El rabino fue rápido en su recitación. Al parecer calculó que el peligro de acabar peleándose con mi madre era grande. Y con razón. Le cogí la mano a mi madre y la alejé unos pasos. Marion, mi mujer, la agarró de la otra mano. Yo lo hice para controlar a mi madre; mi mujer, para consolarla. Y eso que nadie podía consolar a mi madre. Desde que había muerto mi hermana, hacía cuatro años, algo en ella se había roto. Y, para más inri, ahora mi padre se había quitado la vida. Por amor a ella.

El resto del entierro transcurrió sin incidentes. Al acabar, el rabino se alejó de la tumba con semblante grave, sin pronunciar una sola palabra que pudiera reconfortarnos. Los judíos soviéticos a los que habíamos contratado se fueron con sus bolsas del Lidl. Y ahora junto a la tumba, a la que echaban tierra dos trabajadores del cementerio, nos quedamos solos nosotros tres. Mi mujer y yo queríamos volver con nuestro hijo de dos años, al que habíamos dejado al cuidado de una abuela-canguro del servicio Oma-Hilfsdienst. A la verdadera abuela del niño le pedí un taxi y le prometí pasarme a verla al día siguiente a las diez de la mañana, una hora a la que solo se habría tomado una o dos latas de cerveza.

—No se deberían traer hijos al mundo —afirmó de repente.

Comprendí el profundo dolor del que nacían esas palabras. Y mi mujer, que al fin y al cabo era madre de un niño pequeño y deseaba tener otro hijo, tampoco se lo tuvo en cuenta. No hicimos comentario alguno y acompañamos a mi agotada madre a la salida. El taxi ya había llegado, pero en lugar de subirse a él, me dijo en voz baja:

—Tu padre tuvo dos hijos ilegítimos. Uno en Viena y otro en Israel.

No me afectó, tan solo me pareció algo irreal.

—Su primera mujer y él eran muy amigos de un matrimonio en Haifa. Todo el mundo veía que el hijo de estos era de Joschi.

Era la primera vez que mi madre mencionaba delante de

mí a la primera mujer de mi padre. De su existencia yo solo sabía por mi tío Charlie, que me había contado la gran persona que era Dora y que nunca había podido entender por qué mi padre la había dejado por mi madre.

Me paré a pensar: en 1939 mi padre logró escapar de Viena justo a tiempo. Un hijo suyo que hubiera nacido allí tendría unos treinta años más que yo y lo más probable era que, como le había sucedido a prácticamente toda la extensa familia de mi padre, hubiese muerto en el holocausto.

Mi madre se subió al taxi sin decir nada más. Yo repetí que nos veríamos al día siguiente, cerré la puerta y me quedé mirando el coche, que avanzó dando sacudidas por el adoquinado de la pequeña calle que discurría junto al cementerio.

¿Existirían esos hijos?

Mis padres nunca me habían contado nada de cómo era su vida antes de que naciese yo. Mi padre ni siquiera había dicho una sola palabra de sus padres. Incluso se me ocultó hasta mi vigésimo cumpleaños que mi hermana no era hija suya. Sin embargo, yo ya lo había averiguado por mi cuenta a los once años, cuando encontré en el armario de mi padre una caja de zapatos con postales de todo el mundo que había escrito cuando era marino e iban dirigidas a Waltraut y Gabi Kampe. Yo sabía que el apellido de soltera de mi madre era Behrens.

¿Le había confesado mi padre a mi madre lo de los hijos ilegítimos? ¿O tenía la información mi madre por mi tía y mi tío? ¿O se lo había inventado todo, como tantas otras historias que había ido contando a lo largo de su vida con tal intensidad que al cabo de un tiempo incluso ella misma había acabado creyéndose las, sobre todo la de que era miembro de la nobleza?

¿Qué sabía yo de la vida de mis padres? ¿Aparte de que a menudo había sido terrible? ¿Y a veces maravillosa? ¿Y de que se querían?

1937-1938

La tarde que la pequeña Waltraut dio sus primeros pasos en una casita de clase obrera de Bremen, el joven Joschi estaba en la sala de teatro del hotel Stefanie, en la vienesa Taborstrasse, viendo una representación del Cabaré Político judío. En ese preciso instante su hermana, Rosl, presentaba en el escenario la última canción de la velada: «El ideal nazi es rubio como Hitler, delgado como Göring, bello como Goebbels y se apellida Rosenberg».

Los espectadores se rieron y cuando se escuchó la alegre melodía de *Habanera*, de la ópera *Carmen*, el sexteto empezó a cantar la popular canción *La culpa de todo la tienen los judíos*: «Si el teléfono comunica, la bañera pierde agua, si han calculado mal los impuestos que te toca pagar...».

Los cinco hombres y la pelirroja Rosl vestían de frac con pajarita, como los Comedian Harmonists, que a Joschi le parecían mucho más divertidos que los chistes políticos que contaba el grupo que ocupaba el escenario, en el que Rosl destacaba por su voz y su belleza. Él solo había ido a la actuación porque quería volver a ver a su hermana. Desde que el año anterior se había casado con un waterpolista mucho mayor que ella y se había marchado del pequeño piso que la familia Safier tenía en el número 23 de la Rotensterngasse, no se dejaba ver demasiado. Antes Joschi jamás habría pensado que llegaría a echar de menos a Rosl, con lo mucho que se habían peleado en el cuartito que compartían.

«De que la nieve sea tan blanca y además, según dicen, tan fría; de que en cambio el fuego sea tan caliente...»

Joschi no daba ni dos años al matrimonio con el jugador de waterpolo. Rosl enloquecería de aburrimiento tras el mostrador de Lamber, su tienda de artículos de deporte, cerca del mercado Naschmarkt, o el waterpolista la acabaría estrangulando, porque ella siempre se estaba quejando de algo. Puede que incluso ocurrieran ambas cosas. Joschi era el único que aguantaba lo lenguaraz que era. Porque la quería. Igual que quería a sus padres. A su madre, Scheindel, que con severidad y con su deseo de que él tuviese una educación le había dado una dirección a su vida, aunque no siguiese precisamente a buen paso el camino previsto por ella. Y a su padre, Israel, que se había resignado desde hacía siglos a que su mujer, Rosl y él no le hicieran ningún caso.

Joschi quería a su familia como hasta el momento no había querido aún a ninguna muchacha. Y Rosl, de eso él estaba convencido, nunca podría querer más a un hombre que a sus sueños con los escenarios y con vivir en Palestina.

«Y aunque no lo creas, de todo eso son culpables. De todo, los judíos tienen la culpa de todo.»

La canción terminó y con ella la función, y el público aplaudió. El que más, Joschi. No porque le gustara la canción. No, sencillamente se le daba bien aplaudir. Le solían dejar entrar gratis a teatros y cabarés cuando lo hacía como parte de la claqué. Por eso pasaba muchas tardes así. Aunque ya se sabía casi de memoria algunos textos de famosos cabareteros como Karl Farkas o Fritz Grünbaum, se partía de risa por décima vez con los juegos de palabras más tontos, como por ejemplo el de los acuerdos que se firmaron en Locarno: «Los Tratados de Locarno». «¿Quiénes eran esos a los que trataba? ¿Y de qué?»

Cuando los espectadores abandonaron la sala del hotel, Joschi fue a ver a su hermana, que lo recibió con una sonrisa radiante. El cabaré era su vida; el aplauso, su elixir. Cuando sonreía, Rosl era más guapa aún que de costumbre. A Joschi le costaba creer que fuese hija de su menuda y flaca madre y de su pálido padre, que tenía tan poco pelo que no había nin-

guna kipá lo bastante grande para taparle la calva. Su madre, Scheindel, había decidido algo tarde en la vida ser madre y, para tal efecto, se había casado con Israel Safier, cinco años menor que ella. Para alguna gente de Polonia, su país de origen, del que ambos habían huido a Viena antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, esa diferencia de edad entre hombre y mujer era inaudita.

Había momentos en los que el propio Joschi no se podía creer que sus progenitores fueran esos, siendo él un joven con tan buena planta. Eso era algo de lo que estaba convencido, pero que también explicaba el éxito que tenía entre las mujeres. Con el traje que le sentaba como un guante y que le había confeccionado su padre, la cantidad adecuada de gomina en el pelo y la larga gabardina, que llevaba siempre salvo los días calurosos de verano como aquel, Joschi no parecía el judío pobre que era. O al menos eso pensaba él.

—¿Qué tal los estudios, Joschi? —preguntó Rosl.

Si bien los hermanos hablaban sobre todo en yidis con sus padres, entre ellos lo hacían exclusivamente en alemán. Se consideraban judíos de otra generación.

—Aburridos —repuso él.

—Dudo que deban ser divertidos.

—Pues sería mejor.

—Tienes que dejar de ser tan vago.

—¿Quién dice que soy vago?

—¿Es que no lo eres?

En ese punto a Joschi le habría gustado esgrimir mil argumentos que desmintiesen que era vago, pero lo cierto es que nunca había querido ser ingeniero civil. Tan solo era un destino mejor que ser sastre como su padre. Y con la decisión que había tomado había hecho feliz a su familia. Sobre todo a su madre, cuyo padre, Henocho Klapholz, incluso había sido alcalde en Brzesko, mientras que el padre de su padre, Israel, vivía como un vagabundo. Esto último los dos niños no lo habrían sabido nunca si su madre no se lo hubiera echado en cara a su marido durante un arrebato de ira.

Joschi y Rosl no habían conocido a ninguno de los dos abuelos, como tampoco a los dieciocho tíos y tías que seguían viviendo en Polonia y a la infinidad de hijos de estos. Las siguientes ramificaciones de la familia —ya solo el abuelo Henoch tenía siete hermanos— eran intrincadas para todos los interesados. Joschi y Rosl solo conocían a los parientes que también habían huido a Viena antes de los estragos de la Primera Guerra Mundial y a sus vástagos. Y solo esos ya eran bastantes.

Los padres se alegraron con la carrera que había escogido Joschi solo hasta que les empezó a preocupar cómo pagarían las elevadas tasas. El propio Joschi no contribuía mucho, se limitaba a entregar los pantalones y los trajes que su padre confeccionaba o arreglaba en la cocina del minúsculo piso, gracias a lo cual se ganaba una propinilla. Las tasas eran especialmente elevadas porque a Joschi, que había nacido en Viena, no se le consideraba ciudadano austriaco, sino polaco, como Rosl y sus padres. Y eso a pesar de que la región de la que provenía la familia todavía pertenecía al Imperio austro-húngaro cuando habían emprendido su huida.

Si hubiesen sido austriacos, sin duda todos habrían tenido más suerte.

—No soy vago.

Rosl hizo una mueca de desdén que recordaba a una única persona en el mundo entero.

—Ahora eres como mamá —aseguró Joschi, y supo que de ese modo iba a sacar de quicio a su hermana.

—¡No soy como mamá! —se quejó ella, enfadada.

Era algo digno de ver. Joschi quería a su hermana, y también estaba bastante seguro de que ella lo quería a él, y, sin embargo, por lo general tardaban menos de un minuto en enzarzarse en una pelea. Cuando antes iban a quejarse a su madre —nunca a su padre— del otro, ella se limitaba a decirles: «Hoy abrazos y mañana porrazos», y, en efecto, los dos se aliaban para protestar y decirle a su madre que eso no era así.

—¿Tienes novia? —preguntó Rosl para cambiar de tema,

y con ello asestó la siguiente puñalada, posiblemente a propósito.

—Ahora mismo no.

—Te hace falta una novia con la que dueres más de una semana.

—¿Como tú con ese waterpolista viejo? —Ahora fue Joschi el que intentó jorobarla.

—El waterpolista se llama Paul y solo tiene treinta y siete años. Un poco de seriedad en tu vida te iría bien.

—Eres igualita a mamá.

La rabia hizo que Rosl se pusiera roja. Joschi esperaba que su hermana empezase a maldecir como un carretero, pero esta se limitó a decir:

—Venga, hasta luego, tengo que cambiarme.

Sin esperar a que él le contestase, Rosl se fue detrás del escenario. Lo cierto es que siempre era igual: él tenía ganas de verla, pero al final se separaban enfadados.

Cuando Joschi entró en la iluminada Taborstrasse, su humor mejoró en el acto. En las calles reinaba un gran bullicio; sobre todo había jóvenes, y también unos cuantos judíos ortodoxos parlotaban en la acera. El sofocante calor de junio que había hecho ese día había dado paso a una agradable brisa; olía a las montañas, en las que Joschi no había estado aún. Se quitó la chaqueta, que se echó por el hombro con desenfado, y enfiló despacio la calle hacia la Rotensterngasse. Sus padres, que habían malvivido en Brzesko y Dębica respectivamente, sin agua corriente ni electricidad, no podían estar más agradecidos por ese piso en el que habían podido vivir con sus hijos. Cuando Rosl se quejaba en su adolescencia de que el *goi* del piso de abajo utilizaba demasiado tiempo el retrete que había al fondo del pasillo, su madre siempre le recordaba la cantidad de judíos que habían huido del este y vivían en chabolas cerca del parque de atracciones Prater. Y que Rosl podía considerarse afortunada por que se le permitiese ir a la escuela y

por que Joschi pudiera incluso estudiar bachillerato. Que Rosl se tenía por bastante más inteligente que su hermano y habría querido estudiar bachillerato en su lugar era algo que solo se había atrevido a decir una vez, a la tierna edad de once años. Después su madre, Scheindel, le dio una buena zurra.

En bachillerato, aunque no era muy aplicado, Joschi sí fue lo bastante listo para aprobar sin hacer un gran esfuerzo. Cuando solo faltaba un año para que finalizara, sin embargo, estuvieron a punto de expulsarlo por hacer novillos en repetidas ocasiones —una vez, el bedel incluso lo pilló por casualidad en la piscina—, pero Scheindel le explicó al director en yidis que, aunque su hijo era imbécil, una bofetada de su madre era mejor que arruinarle la vida. Habló en yidis porque en su lengua materna echaba pestes mucho mejor, como podía atestiguar cada pocos días media Rotensterngasse. Su voz llegaba al menos hasta el número 9, donde las putas bohemias y chechenas vivían con cerdos, tanto reales como humanos.

—¡Suéltame, estúpido! —oyó decir Joschi en la otra acera a una mujer en dialecto vienés. No parecía muy lista y era muy gorda.

Ante ella había un hombre que parecía un oso con grandes zarpas.

—¿Qué es lo que me has llamado? —preguntó el oso en tono amenazador.

—Estúpido, pedazo de memo.

Y el hombre le dio un bofetón a la mujer sin pestañear.

A Joschi lo asaltó la ira. ¡A una mujer no se le pegaba! Ya lo llamara a uno «estúpido», «memo» o «imbécil».

La gorda se cayó, se golpeó la rodilla y empezó a lanzar alaridos. Joschi miró a su alrededor: ninguno de los transeúntes acudía en ayuda de la mujer. Al contrario, todo el que se acercaba se cambiaba de acera. El oso se inclinó sobre la mujer, la agarró por el cuello del vestido y le dijo:

—Vieja chocha, levanta o te sacudo el polvo.

Si Joschi no ayudaba a la mujer, nadie lo haría. Por su-

puesto que se le pasó por la cabeza que no tenía mucho que hacer contra semejante animal, pero ¿acaso tenía elección? A fin de cuentas, no podía quedarse mirando sin más. De manera que cruzó la calle corriendo, se abalanzó contra el hombre y lo tiró al suelo. El oso estaba tan sorprendido que en un primer momento ni siquiera reaccionó. Quien sí lo hizo fue la mujer, que a pesar de que la rodilla le sangraba se puso de pie a la velocidad del rayo:

—¡Deja en paz a mi hombre! —exclamó, y empezó a golpear a Joschi con las dos manos.

Él intentaba esquivar los golpes de la mujer y se protegía la cara con los brazos, por eso no vio que el oso, que para entonces ya se había levantado, tomaba impulso para asestarle un certero puñetazo. Joschi se mareó. Intentó mantenerse en pie, pero le llegó otro, esta vez en el pómulo. A continuación cayó al suelo, y la mujer le dio unas patadas en el estómago. Después le gritó: «Ahí te quedas, con la jeta hecha un Cristo», y se fue con el oso.

«Hoy abrazos y mañana porrazos», pensó Joschi mientras seguía retorciéndose en la acera.

—Vaya, eres todo un héroe —oyó que se burlaba amablemente una voz de mujer.

Joschi intentó levantar la vista, pero todo le dolía demasiado para poder abrir los ojos como era debido.

—Venga, que te ayudo.

Distinguió desdibujada una mano extendida y la agarró. Ese fue su primer contacto físico con su primer gran amor.

La que lo ayudó a levantarse era una joven morena, y Joschi pensó que se parecía a la estrella del cine Hedy Lamarr, la judía más bella de Viena. Aunque Rosl opinaba que Lamarr no era ni la mitad de guapa de lo que pensaban todos y que, además, era una traidora. Lamarr se había convertido al cristianismo para casarse con un traficante de armas cuya casa frecuentaban incluso Mussolini y Hitler. Sin embargo, era la mujer de los sueños de Joschi desde que con quince años se coló en el cine para ver la escandalosa película *Éxtasis*, en la que Lamarr

interpretaba un orgasmo. Dicho sea de paso, Rosl también opinaba que a los chicos como Joschi y a los hombres en general no les incumbían esas cosas de mujeres.

Y ahora una criatura encantadora, que en belleza nada tenía que envidiar a Lamarr, sostenía su mano. Tenía unos preciosos ojos castaños, que irradiaban vida, el izquierdo incluso con una pincelada verde. El mentón era puntiagudo, un rasgo especialmente distintivo de su rostro. Llevaba un vestido de verano azul de la tela más exquisita y una sencilla cadenera de oro con la estrella de David. Y cómo olía, a rosas, ¿o eran orquídeas? La semana anterior había oído orquídeas en el jardín botánico de la universidad. Todo en ella irradiaba prosperidad y, de pronto, Joschi fue consciente de que él parecía un judío pobre.

—¿Todavía te duele? —preguntó la morena, a la que Joschi ya llamaba Hedy para sus adentros.

Le dedicó una sonrisa entre compasiva y divertida por su «heroicidad». Después le soltó la mano. A Joschi le habría gustado volver a agarrarla de inmediato.

—He encajado golpes peores —respondió Joschi, que nunca había tenido que encajar un golpe ni remotamente parecido.

—Vaya, menos mal —repuso Hedy, risueña, y dio media vuelta para marcharse.

—¿Ya te vas? —Para su propio asombro, a Joschi le horrorizó la idea.

—Eres un lince.

—Te puedo acompañar.

Hedy se rio.

—¿Por qué te ríes?

—¿Es que me quieres proteger?

—Pues claro.

—¿Como a la mujer esa hace un minuto?

A Joschi le dolió el comentario.

—Sé cuidar de mí misma —aseguró Hedy, y echó a andar hacia el Danubio.

Joschi le dio alcance en el acto.

—Pero no tienes por qué hacerlo.

—Eres un judío terco.

—Galante.

—Estoy con un hombre —afirmó Hedy.

—No veo a ninguno.

—Pues es así.

—Entonces ¿dónde está?

—Ha ido a llamar por teléfono un taxi. Yo quería fumar-me un pitillo antes, pero no he tenido ocasión. Por ti. —Hedy sacó un cigarrillo de su bolso rojo.

A Joschi fumar nunca le había parecido atractivo, y además era caro, pero ahora le habría gustado llevar encima un pitillo para fumárselo con esa maravilla de mujer. O al menos cerillas, para darle fuego.

Naturalmente, ella tenía un exquisito encendedor de oro.

—Yo nunca te dejaría sola —aseguró, dándose tono, Joschi.

Hedy lo miró como si le gustara la promesa y dijo, casi con ternura:

—Sí que eres un judío galante.

Joschi sonrió.

—O uno que hace promesas falsas.

—¡Yo nunca hago promesas falsas! —exclamó él indignado.

Ahora Hedy parecía divertirse de nuevo.

Junto a ambos se detuvo un taxi, la puerta de atrás se abrió y un hombre rubio con un traje caro dijo desde el asiento trasero:

—Sube, Ruth.

A Joschi le pareció que Hedy era un nombre mucho mejor para esa criatura fantástica. Ruth sonaba demasiado a solterona.

—Hasta otra, judío galante.

—¿Nos volveremos a ver?

—¿Me quieres volver a ver?

—¿Mañana a las siete de la tarde a la entrada del Prater?

—¡Ruth! —exclamó el hombre.

—Héroe valiente, quiero que sepas que alguna tarde de este verano estaré a las siete a la entrada del Prater.

Tras decir eso, se subió al taxi, que se alejó a toda velocidad.

Joschi lo siguió con la mirada. Hasta que el taxi cruzó el puente sobre el Danubio. Hacia el mundo de los cristianos y los judíos ricos. Y él se preguntó cuántas tardes tendría que esperar a la entrada del Prater.

El último día de verano, Joschi se dirigía hacia el Prater con Dubravka, una bohemia que no era tan elegante como Hedy pero que tenía un generoso busto. Doce días seguidos había estado esperando a Hedy a las siete de la tarde, después le pareció demasiado estúpido. Unos días más tarde, no obstante, había pasado por delante del Prater a esa hora y había intentado convencerse de que solo daría un rodeo para respirar un poco de aire puro. Y ahora el verano había terminado, el semestre había vuelto a empezar y los estudios se le antojaban más aburridos aún que hasta entonces. Joschi quería distraerse. Dubravka le sirvió un vino joven en Oberlaa y desde el primer momento pensó que Joschi era guapo, cuando lo vio durante una excursión con su compañero de estudios, Otto, sentado en el banco de madera, le hizo unos cumplidos que no había oído hasta entonces —«Tienes los hoyuelos más bonitos del mundo»— y le dio una propina generosa. Rosl siempre decía que Joschi no sabía manejarse con el dinero. Cuando oía este reproche, Joschi siempre respondía: «Lo gasto en cosas que son importantes en la vida». Y eso, ese día, era una camarera bohemia.

En ese momento Dubravka señalaba ilusionada la noria cuando Joschi vio a Hedy en la entrada. ¿Qué se creía? ¿Que iba a dejar plantada a la bohemia y correr alegremente con ella, eternamente agradecido de que su alteza se dignara a recibir en audiencia al pobre judío?